

## TERCERA PARTE

### LAS BASES DE LA SOCIEDAD

#### CONFERENCIA XIII

LA PERSONALIDAD HUMANA

1. **Soberanía de las fórmulas y de las frases.**—Grandes quejas suscita hoy día el insoportable imperio de las fórmulas y de las frases, y, en verdad, que no falta razón para ello. ¡Pluguiera á Dios que todos los que se lamentan de semejante tiranía se uniesen para acabar con ella, y no contribuyesen ellos mismos á la inaguantable repetición de esas frases de moda!

El terreno en que principalmente se ejerce este despotismo fraseológico, y en el que produce mayor daño, es ciertamente el de la cuestión social divorciada de la religión. Aquí se muestra el liberalismo—pues á él debemos este desorden—en su completa falta de inteligencia y de corazón. Con un par de frases sobre la producción y el consumo, sobre la oferta y la demanda, sobre las leyes naturales económicas, sobre el *dejar hacer* y sobre el régimen autónomo del mercado, el antiguo liberalismo clásico sale del paso en todas las cuestiones económicas. Pero hoy ya no pasa esto con tanta facilidad. No obstante, si las cosas han mejorado en la actualidad, no hay que romperse mucho la cabeza para descubrir la causa, si consideramos al liberalismo en su nueva forma, y, muy especialmente, si examinamos con detención ese sistema de frases completamente vacías de sentido que se llama socialismo.

Tampoco comprenden ambos el carácter moral de la cuestión social, y las palabras producción del valor, exceso de valor, mercado, mercancía, capitalismo, tienen para ellos, según la expresión favorita de Marx, el carácter de inviolables fetiches. Y menos que nunca se habla ya de la libertad humana, de la influencia de la moral, de la responsabilidad humana, de Dios. Si Hegel levantara la cabeza, se quedaría maravillado al ver cómo el mundo se ha convertido por completo á su panteísmo y á sus férreas fórmulas de pacotilla. <sup>(1)</sup>

Por lo demás, esta poderosa corriente no es de hoy. Desde que el mundo empezó á alejarse del Dios viviente, no se comprende á sí mismo, se ha convertido en un esqueleto. Sin Dios, todo muere, todo se convierte en momia.

2. **Embarazo del mundo sobre lo que debe hacer con el hombre.**—El ser que las diferentes filosofías modernas y las concepciones del mundo maltratan más, es sin contradicción el hombre. No hay ninguno con relación al cual se oigan brotar de la misma boca mayores contradicciones. Estas contradicciones son tales, que fácilmente podría formarse una idea falsa de él.

Á mediados del siglo XV, introdujo el Humanismo la idolatría de lo humano, de conformidad con el principio *Homo homini deus*; pero cuando aún no había terminado dicho siglo, escribía Maquiavelo, en su *Principe*, el más profundo comentario sobre las palabras *Homo homini lupus*. Sólo Hobbes y los pesimistas modernos han logrado hacer otro tanto.

La misma contradicción hallamos, si preguntamos al espíritu moderno su opinión sobre el hombre. Lo mismo procede de su íntima convicción, cuando afirma, en su exagerado optimismo, que el hombre lo es todo, ó, por lo menos, que todo lo puede esperar, que cuando sostiene, llevado de su pesimismo, que el hombre no es nada, y na-

(1) Cf. Walter, *Sozialpolitik. u. Moral*, 146 y sig., 185 y sig., 191 y siguientes, 195.

da será en la eternidad. Por un lado, el subjetivismo liberal, ó, mejor, panteísta, eleva la personalidad humana á la categoría de un Dios independiente, á la razón única de todo pensamiento y de toda acción, en tanto que, por otro, en ninguna parte se considera al hombre, teórica y prácticamente, más privado de esperanza y con menos significación, que en la doctrina favorita del liberalismo panteísta, del evolucionismo.

Esta contradicción no es accidental, sino lógica é indispensable, porque allí donde la sociedad se halla huérfana de toda unión orgánica, donde cada individuo, sin más apoyo que su propia fuerza, se halla frente á todos, frente á la comunidad, carece de importancia, hable cuanto quiera de su libertad, de su derecho y de su independencia, ya que

«La persona desaparece en la masa informe, allí donde los hombres sin nombre meditan, edifican, luchan y corren, porque cada uno de ellos no es más que un número». <sup>(1)</sup>

Fácil es comprender así, que, dado este aislamiento general y esta falta de independencia de carácter, cualquier Marat, ó cualquier Tamerlán, puede hacerse dueño del poder. Hoy día es imposible una democracia, según la antigua concepción, en la que todos obren independientemente. Sólo nos resta la elección entre el salvaje cacicato del pueblo y de la prensa, de la oligarquía del dinero, es decir, del judaísmo, y, lo que es más seguro para nosotros, el despotismo del látigo.

**3. Puesto que le asigna el Cristianismo.**—La razón principal por la cual el espíritu moderno no puede jamás ver claro en su juicio sobre el hombre, consiste en que, como tiene costumbre de decir, no sabe qué lugar otorgarle, es decir, qué objeto atribuirle.

¿Se pertenece el hombre á sí mismo? ¿Pertenece á la sociedad? ¡Ah! ¿Quién podría dar una respuesta segura á estas preguntas desde el punto de vista en que se coloca la

(1) Ibsen, *Gedichte* (Passarge) 129.

humanidad moderna? Arrebatarse al hombre todo valor, como lo hacía la antigüedad pagana, y obligarle á desaparecer por completo en el Estado, es un acto de audacia demasiado raro; hasta los mismos socialistas no se atreven á pronunciarse sobre esto. Proclamarlo como su único señor, como lo han hecho Stirner y Nietzsche, también da mucho que pensar. Así se agitan incesantemente los espíritus entre los más opuestos extremos.

Desde luego el hombre no se pertenece á sí mismo, ni tampoco á la comunidad, sino á Dios, su Señor. Por esta razón, se pertenece también en todas las circunstancias, porque su Señor no se desprende de él. Y también pertenece á la sociedad, porque sólo Dios es señor de todos y de cada uno. Las palabras de la eterna Sabiduría no pueden ser más claras sobre este punto: «Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento. Este es el mayor y el primer mandamiento. Y el segundo semejante es á éste: Amarás á tu prójimo como á ti mismo». <sup>(1)</sup>

Sabemos que existen hombres que objetan que esta cita no es científica, y que no sería fácil edificar sobre este principio un edificio filosófico homogéneo. Pero basta que se pueda edificar sobre él una vida sana y encontrar en él la verdadera noción del hombre. ¿No constituye él en definitiva una unidad completa, y una unidad más estrecha y sólida que todas las instituciones de la vida moderna? Cuestión es esta que por ahora dejamos á un lado. Seguramente que interesaba muy poco á nuestro Salvador, cuando promulgó este principio, oscurecer la filosofía del mundo por vanidad y gloria científica. Lo único que nos importa es mostrar que la Revelación asigna al hombre un puesto bien definido, en tanto que el mundo vacila constantemente sobre el que debe darle.

**4. Seguridad del hombre, á condición de que pertenezca desde luego á Dios.**—Ante todo, el hombre pertenece sin reserva á Dios, su dueño supremo.

(1) Matth., XXII, 37-39.

Aquí, cada una de estas palabras debe ser tomada á la letra. No es facultad del capricho humano dirigirse á Dios una vez por casualidad, en horas de ocio, en días de buen humor, en instantes de desaliento, cuando la fantasía está dominada por la belleza y el corazón oprimido de angustia. No; su deber, el primero de todos sus deberes, consiste en ponerse á disposición de Dios, sin reservas, antes de pensar en sí mismo ó en otra cosa, y entregarse por completo á El, con todo lo que es y todo lo que posee, con su razón, su voluntad, su corazón, con su actividad y todas las potencias de su cuerpo, con sus bienes y su trabajo, como un súbdito se somete á su príncipe, y un siervo á su Señor.

Este último aspecto, el de la servidumbre, es el que mejor nos explica nuestra situación con relación á Dios. Así como el siervo era propiedad de su señor, y recibía de sus manos el campo que debía cultivar para sí mismo á cambio de servicios y trabajos determinados, y quedaba, por lo contrario, libre de una serie de intranquilidades, de las que su señor se comprometía á protegerle, tal somos nosotros con relación á Dios. No somos dueños de nosotros mismos; no vivimos según un derecho propio, sino que estamos sometidos á la ley y á la obligación de servir á Dios. Pertenece á Dios con todo lo que tenemos; debemos utilizar nuestros bienes y nuestras fuerzas, según las prescripciones y la voluntad de Dios. Pero, en cambio, Dios se ha comprometido á protegernos, á nosotros y nuestros derechos, por cuanto, por otra parte, se trata de lo suyo.

Claro es, pues, que, en esta materia, no puede el hombre errar el camino. Cuanto más se engolfé uno en el mecanismo del mundo, con más claridad verá el gran apoyo que para él es Dios. Con frecuencia exige la vida de nosotros tantas cosas, que ya no sabemos si todavía tenemos algún valor. ¿Quién censurará al hombre, porque, cuando casi aplastado por cargas pesadísimas, sacudido en todos sentidos por manos que se lo disputan como provechosa

presa, atormentado sin piedad por tantos puños como caen sobre él, y pisoteado, acaba por perder el valor y la paciencia? Y, sin embargo, no; todo menos esto. Cada cual tiene su centro de gravedad y su punto de apoyo. El que posee este último, jamás es turbado en su reposo; ningún choque le derrumba, porque ningún disgusto le amilana, por grande que sea. Dificultades tendrá para conservar el recogimiento, para permanecer en pie, pero no sucumbirá.

Esto dice á cada cual el solo pensamiento en Dios. Este pensamiento da incomparablemente más constancia, que los más bellos discursos de la filosofía sobre la fuerza viril y la obligación que tiene el hombre de mostrar todo aquello de que es capaz. El que se encierra en sí mismo y sólo tiene estos motivos de consuelo, produce el efecto de un navío sorprendido por la tempestad y con sólo una pequeña áncora para resistir al furor de los vientos y de las olas. Pero el que pone su fuerza y su confianza en Dios, se parece, en todas las amarguras de la vida, al hombre atrincherado en una fortaleza inexpugnable, de donde nadie puede arrojarlo, si él no le abre sus puertas. Puede ocurrir que la lucha le sea penosa en ocasiones, pero jamás será quebrantada su confianza.

Sí, no es indiferente para nadie entrar en el combate de la vida como una persona aislada, ó lanzarse á él bajo la égida de un gran general, de un general invencible. En el primer caso, es una frágil caña; en el segundo, un hombre que se siente invencible. He aquí lo que hace de cada uno la sumisión á Dios.

**5. Sólo el hombre que pertenece á Dios, se pertenece á sí mismo.**—Tan pronto, pues, como el hombre pertenece completa y sinceramente á Dios, se pertenece á sí mismo. Por consiguiente, al hacer de Dios su dueño, se convierte en su propio dueño. Si se entrega así al servicio de Dios, de modo que no conozca otro servicio, consigue entonces la verdadera libertad, la única posible independencia. Independencia y libertad completas son cosas imposibles para el hombre. Quien esto le predica, se burla de

él de la manera más pesada. Sólo hay una elección para el hombre: ó someterse á la tiranía, que aspira á rebajarlo, á explotarlo, á despojarlo de su libertad, ó someterse á aquel Señor, que le ha creado libre y quiere elevarle, con su dirección, á la virilidad y á la libertad de los hijos de Dios. Si cree uno que puede gobernarse á sí mismo, tenga la seguridad de que caerá bajo el dominio de usurpadores, con los cuales jamás sabrá como conducirse, y cuyos caprichos cambian diariamente, debiendo soportar todos sus antojos. Todos saben por experiencia propia que semejante situación no es capaz de hacer al hombre fuerte, alegre y libre. Pero, sometiéndose á Dios, fácil le es ser fuerte, pues sabe lo que le debe, sabe que Dios nunca cambia de opinión ni de deseos, y sabe que puede contar con El y confiar en su protección.

Esto es lo que da al hombre ese sentimiento personal tan altivo en apariencia, pero tan legítimo en realidad, cuando se compara á los servidores de este mundo, los cuales dirigen sus miradas extraviadas á cien puntos á la vez, y están obligados á prevenir cada amenaza, cada mundo deseo, cada pensamiento, porque saben que su honor, su posición, su éxito, dependen de mil caprichos y casualidades. El hombre que pertenece á Dios, sólo tiene un dueño, que no conoce ni capricho ni cambios. Mientras permanezca fiel á este Señor, puede estar tranquilo y seguro de que no caerá en desgracia, y que gozará de sus derechos.

#### 6. Doctrina cristiana sobre la libertad personal.—

Con razón ha sido escrito: «En donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad». (1) No en valde el Cristianismo, en sus comienzos, concedía tanta importancia á este punto. Frente al espíritu de la antigüedad, que no ofrecía nada referente á la libertad y á la independencia personal, preciso era acentuarlo sin cesar, á fin de que naciese una nueva generación con conciencia de sí misma, y en la que se pudiese contar con cada individuo. Los griegos y los ro-

(1) II Cor., III, 17.

manos hacían maravillas, cuando, dirigidos por la mano de hierro del Estado, eran lanzados contra el enemigo ó contra las murallas; pero, por sí mismos, mostrábanse incapaces de un pensamiento ó de una acción independiente. Consistía esto en que todos habían sido educados en esta idea, sobre la cual fundamentó Platón toda su doctrina política: «No os pertenecéis á vosotros mismos; y vuestros bienes y vuestra familia os pertenecen menos todavía». (1) El Cristianismo trataba de formar caracteres que no cumplieren sus obligaciones por medio de la comunidad, sino que hiciesen por sí mismos, por su propia virtud interna, lo que había derecho á reclamar de ellos.

De aquí el fenómeno, que tanto sorprende hoy allí donde es mal comprendido este pensamiento, de que la nueva doctrina cristiana hablase sin cesar de libertad: «Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (2)—se dice en el Evangelio.—San Pablo, á quien incumbía la misión de introducir á los paganos en el Cristianismo, acentúa este principio tan importante: «Cada uno en la vocación en que fué llamado, en ella permanezca. ¿Fuiste llamado siendo siervo? No te dé cuidado; y si puedes ser libre, aprovéchate más bien. Porque el siervo que fué llamado en el Señor, libre es del Señor; asimismo, el que fué llamado siendo libre, siervo es de Cristo. Por precio sois comprados; no os hagáis siervos de hombres». (3) «Habéis sido llamados á la libertad». (4) «Y así, hermanos, no somos hijos de la sierva, sino de la libre; con cuya libertad Cristo nos hizo libres». (5) «Porque comprados fuisteis por gran precio. Glorificad á Dios, y llevadle en vuestro cuerpo». (6) «Porque ¿á que fin mi libertad es juzgada por conciencia ajena?» (7)

(1) Plato, *Leg.* 11, p. 923 a.

(2) Joan., VIII, 32.

(3) I Cor., VII, 20 y sig.

(4) Gal., V, 13.

(5) Gal., IV, 31.

(6) I Cor., VI, 20.

(7) I Cor., X, 29.

**7. Antítesis entre la doctrina del Cristianismo y la del mundo sobre el hombre.**—Educado en estos principios desde su juventud, apenas puede el cristiano concebir los de la antigüedad. No hay maestro que no recuerde qué asombro, qué sonrisas de incredulidad, observó en sus discípulos la primera vez que les dijo que, según el modo de ver de los antiguos, sólo tenía importancia personal aquel á quien el Estado había conferido derechos. El vulgo, que no ha hecho un estudio especial de la antigüedad, comprende difícilmente esta doctrina. El Cristianismo ha introducido un cambio tal sobre este punto en los espíritus, que las dos tendencias se excluyen por completo. Allí donde el hombre depende única y enteramente de Dios, no hay que decir que su derecho propio es el centro, el punto de partida y el límite infranqueable de toda vida externa; en otros términos, que juzga siempre con su propio independiente criterio, y según su conciencia, de todas las obligaciones que le imponen sus relaciones terrenales. Por eso comprendemos muy bien que los amigos del mundo echen en cara al cristiano que nunca está de acuerdo con ellos, y aun que los defensores del absolutismo antiguo reprocharan á nuestros padres que carecían, según su modo de ver, del sentimiento y de la inteligencia de la idea del Estado.

No lo negamos, antes bien, lo confesamos. Sí, nos falta inteligencia para comprender el absolutismo antiguo y el moderno. También nosotros debemos declarar que no comprendemos cómo, en los tiempos modernos, sería posible hacer desaparecer en el Estado, no sólo nuestros derechos, sino nuestra persona. Cuando, por ejemplo, el mismo Trendelenburg dice que el individuo sólo se convierte en persona en el Estado, y que, sin el Estado, el hombre no es hombre, <sup>(1)</sup> nosotros los cristianos nos sentimos desde luego tentados á ver en estas palabras una frase exagerada y oscura. Pero, desgraciadamente, nos engañaríamos. Estas expresiones deben ser tomadas á la letra, si uno

(1) Trendelenburg, *Naturrecht*, 286.

quiere formarse una idea exacta de la manera de ver del absolutismo. No son vanas frases las de Hegel, cuando, como veremos luego, <sup>(1)</sup> declara la propiedad condición esencial de la personalidad; preciso es tomar esta aserción á la letra. Allí donde antes se decía: «Hombre pobre, medio hombre», se dice actualmente: «Hombre pobre, ningún hombre». Esto está muy conforme con el modo de pensar del plutocratismo liberal. Lo mismo ocurre con el socialismo, el cual retrasa la hora del nacimiento del verdadero hombre, al instante en que el Estado del porvenir llegue á su completo desenvolvimiento, y se engulla á todos los individuos, como la serpiente gigante un saco de pollos, pues el socialista sólo da importancia al individuo si forma parte de la sociedad socializada. Con la misma convicción, la sociedad feudal consideraba como hombres únicamente á los que no eran inferiores á un barón. Las marquesas del tiempo de la Pompadour decían que á un lacayo no se le debían más consideraciones de derecho, moral y decoro, que á un animal. Siempre la misma falsa opinión, siempre la misma profanación del hombre; sólo ha variado la aplicación.

Si estos hechos y otros semejantes sublevaran la cólera de los que, por otra parte, son hostiles al Cristianismo, es prueba elocuente de que el espíritu cristiano tiene, no obstante, más solidez en los corazones, de lo que de ordinario están dispuestos á creer. Porque sólo la Revelación ha anunciado la gran verdad de que el hombre, como tal, tiene en sí un valor inadmisiblemente. Desde entonces, cambiaron por completo las concepciones del mundo entero. Ahora, ya no es el todo, ya no es la sociedad ó el Estado los que poseen todos los derechos, y los que dan una parte más ó menos grande de ellos á cada individuo, según su libre arbitrio, sino que cada uno aporta su propio derecho al nacer, y ningún poder de la tierra puede arrebatárselo. Cada uno es y continúa siendo su propio dueño. Nadie tiene derecho para tratar al hombre como una máquina ó

(1) Véase más abajo, XIV, 4.